

VV. AA., *Apaches. Los salvajes de París, Madrid, La Felguera Editores, 2014. Traducción: Paula Izquierdo. 288 pp. ISBN 978-84-942187-5-0*

Los primeros años del siglo XX conocieron un nivel de conflictividad que no se había experimentado hasta entonces. Las ciudades crecían exponencialmente al calor del auge del sector industrial, dando lugar al consiguiente aumento de la población. En muchas ciudades europeas este vertiginoso incremento originaba que las personas que llegaban se viesan hacinadas y viviesen en condiciones inhumanas. Muchas de ellas, sobre todo hombres y mujeres que no encontraban trabajo, terminaron engrosando la lista de sujetos delictivos de ciudades como París, Barcelona o Madrid.

Este libro, que recoge debidamente el legado historiográfico de la criminología crítica y social, se propone dar a conocer un fenómeno cultural asociado, en un primer momento, a este sector de la población, y que ha pasado desapercibido durante mucho tiempo para la historiografía, a pesar de que en su época fueron realmente temidos por sus contemporáneos y ocuparon páginas y páginas en la prensa. Hablamos de la subcultura apache, surgida en los primeros años del siglo XX y que experimentó su declive con el estallido de la Primera Guerra Mundial. La particularidad de los apaches reside en haber supuesto, quizás, una de las primeras experiencias de organización criminal a gran escala.

La obra se divide en cuatro partes. La primera está compuesta por un conjunto de seis artículos recogidos de la prensa de la época que dan buena cuenta de la imagen que los medios de comunicación construyeron del individuo conocido como “apache”. Leyendo detenidamente estos artículos puede concluirse que lo que se identificaba como “apache” eran aquellos delincuentes comunes que pertenecían a los estratos sociales más bajos de París y de otras ciudades francesas, y que se organizaron en bandas que luchaban por controlar espacios de la propia ciudad. En un primer momento los propios sujetos señalados como “apaches” no se reconocían como tal, pero poco a poco hicieron suyo el término, creando una identidad en torno al mismo. Se organizaron en bandas que frecuentemente protagonizaban peleas, ya fuese por la disputa del control sobre territorios de la ciudad o por asuntos de menor importancia. Sin embargo, compartían un mismo enemigo, la policía y el sistema securitario parisino, de modo que no era raro, como aparece reflejado en la prensa, que bandas rivales se uniesen para combatir la presencia policial.

La idea que predominaba en la opinión pública era que los apaches eran demasiados para ser contenidos por un débil cuerpo de policía, el cual tan sólo contaba con ocho mil individuos frente a los más de treinta mil apaches que poblaban París. Además de esto también se pedía más dureza en las penas que se les imponían, así como se criticaba el buen estado de las cárceles. Según la opinión más conservadora, las cárceles debían

servir para ahuyentar al delincuente, y si en estas se podía vivir medianamente bien, no era lo suficientemente aleccionadora. Lo más interesante es que es en ese momento cuando toma fuerza una corriente de pensamiento, moldeada por las ideologías de izquierda, que considera al delincuente común un producto de la desigualdad social. De hecho, en el anarquismo este tipo de delincuentes y presos pasan a ser denominados “sociales”, pues el delito tiene como origen la imposibilidad de gozar de los mismos derechos, privilegios y ventajas.

En la segunda parte de esta obra, encontramos un análisis del fenómeno que nos ocupa. El apachismo se extendió desde el extrarradio parisino hasta el centro de la capital francesa, e igualmente llegó a ciudades como Marsella y Lyon. Sus integrantes provenían de hogares pobres, desestructurados y por lo general no tenían trabajo. Pronto los apaches forjaron una singular identidad que los diferenciaría del resto de sus contemporáneos y de otros delincuentes. Tenían su propia jerga callejera, el *jare*. Vestían de una forma determinada que les permitía identificarse y diferenciarse entre bandas y se tatuaban el cuerpo. También tenían un armamento propio y característico, destacando el “revólver apache” (revólver, navaja y puño americano en la misma arma). Por otro lado, desarrollaron un estilo particular de lucha cuerpo a cuerpo, el *savate*. Se originó incluso una “danza apache” que atraía a las clases altas de la sociedad a cafés y cabarets del extrarradio, donde podían disfrutar de esta especie de tango “a lo maltratador”. Empleaban la violencia de manera indiscriminada en sus acciones como mecanismo para ganar estatus social, fama u honor. En cuanto a la presencia femenina, era muy minoritaria en estas bandas y las pocas mujeres que había tenían un papel activo como observadoras de otras bandas o mensajeras. Muchas de ellas estaban asociadas al mundo de la prostitución y eran amantes de los componentes de la banda. Con el fin de frenar a las bandas apaches, llegaron a crearse unas brigadas especiales, conocidas como las Brigadas del Tigre, instruidas en *savate*, pero la criminalidad apache no disminuyó. La propia población civil se vio obligada a organizarse en patrullas para preservar el orden en sus barrios.

Antes de que este fenómeno entre en declive a raíz de la Primera Guerra Mundial, pasó a ser asimilado, al menos en parte, por la cultura oficial, llegando a ponerse de moda el atuendo apache, tanto el masculino como el femenino o la danza apache.

En el tercer apartado se pasa a relacionar este fenómeno con la corriente anarquista. El máximo exponente de lo que se denominó “apachismo anarquista” fue la conocida banda Bonnot, o banda del automóvil, por ser los primeros en llevar a cabo atracos y robos a bordo de este revolucionario medio de transporte. El apachismo anarquista, al contrario que el fenómeno apache a secas, poseía una crítica implícita contra los valores de la sociedad burguesa, defensora de la propiedad o la explotación obrera. Los anarquistas que se convertían en delincuentes comunes, o sociales, término con el que se identificaban preferiblemente al considerar que eran las desigualdades sociales las que les llevaban a delinquir, no robaban o atracaban únicamente para enriquecerse, para controlar territorios o para ganar prestigio en el oscuro mundo de las bandas parisinas. Figuras como la de Bonnot, Garnier o Marius Jacob cuestionaron la legalidad burguesa y el orden establecido. Su objetivo era derribar una sociedad que entendían injusta, pero la modernización del sistema criminológico sirvió para seguirlos más de cerca, terminando la mayoría de ellos ejecutados, muertos en persecuciones o condenados a trabajos forzosos lejos de territorio europeo. Con la desaparición de la banda Bonnot desaparece también el apachismo anarquista en París. Estos anarquistas criticaron duramente la corrupción y brutalidad policial “desmedida e indiscriminada” que se empleaba en manifestaciones pacíficas. El ambiente alcanzó su máxima virulencia cuando la policía mató a un conocido anarquista llamado Liabeuf al que semanas antes habían dado una paliza tras ser detenido. Después

de esto muchos anarquistas pusieron en entredicho la vía pacifista que algunos de sus compañeros seguían dentro del movimiento.

Por último, en un breve apartado final se explica la llegada del fenómeno apache a España, aunque bien es cierto que se dio de manera aislada y no tuvo la misma repercusión que en Francia. El término aparece de repente en la prensa española, pero no se sabe a ciencia cierta si realmente algunos apaches llegaron a territorio español debido a la presión policial en la vecina Francia o si todo fue producto de la imaginación de los periodistas y de la opinión pública en general, que en estos años vio a cualquier delincuente común como a un apache.

Para finalizar, debe señalarse que la cuidada edición de este libro resulta muy atractiva, no sólo para el especialista, sino también para el lector menos familiarizado con estas cuestiones, ya que contiene variadas ilustraciones, textos periodísticos y literarios de la época, fragmentos de biografías e incluso dibujos que son de gran utilidad para poder comprender la profundidad de este fenómeno.

María del Carmen CUBERO IZQUIERDO
Universidad de Castilla-La Mancha
MariaCarmen.Cubero@uclm.es